

Escuela de la libertad

Jaime Labastida

Publicado en francés por la Unesco con la coordinación de Moufida Goucha, el libro La filosofía, una escuela de la libertad. Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: la situación actual y las perspectivas para el futuro ha sido vertido al castellano y editado por la UAM-Iztapalapa. En su presentación, realizada en junio en el Senado de la República, Jaime Labastida planteó una serie de interrogantes sobre el tema central del libro.

Tengo necesidad de levantar ante ustedes algunas interrogantes. Me asaltan desde hace años. A estas interrogantes les he dado (y les doy, todavía ahora), conforme pasan los años, respuestas distintas. Por lo pronto, me urge preguntar si se puede considerar a la filosofía como una escuela de la libertad. De inmediato y sin vacilar ofrezco una respuesta afirmativa. Sin embargo, ¿en qué sentido es la filosofía una escuela de la libertad? No parece haber duda: la filosofía es una escuela de libertad y, acaso, la mejor de las escuelas. Pero, insisto, ¿cómo, por qué, de qué manera?

La filosofía se concibe, de hecho, de modos diversos y la respuesta, positiva o negativa, está sujeta a los modos en que la concibamos. Tenemos que indagar qué se entiende por *filosofía*, qué por *libertad*. También es necesario responder qué se entiende, en sentido estricto, por *escuela*.

Permítanme, pues, hablar de un acto luminoso, que tuvo lugar hace más de veinticinco siglos. Hablo del rasgo que semeja poseer la filosofía en el momento mismo en que nace, si es que se acepta la tesis de que la filosofía nace en Grecia. Ese rasgo es el de la modestia mez-

clada, empero, con el orgullo. El nombre que acuña Pitágoras para sí lo indica: él no se considera *sophós* sino *philosophós*. No es *sabio*; es sólo un hombre que ama la sabiduría; no sabe, pero desea saber. El título que Pitágoras se concede, nuevo e insólito, habrá de hacer época: marcará la diferencia fundamental entre dos formas de asumirse como ser humano. Los Siete Sabios fueron maestros de la Grecia arcaica; se apoyaban, en un cierto sentido, en la sabiduría popular, o sea, en los usos y las costumbres, en la tradición oracular; oían a la *sybilla*, acataban los enigmáticos oráculos de Apolo. El filósofo, ese hombre nuevo, en cambio, habrá de hurgar en la naturaleza y dentro de sí mismo; se habrá de interrogar sin piedad. Habrá dejado de creer y en él habrá nacido la duda. No admitirá como válido el consejo de los ancianos. Interroga, duda, crítica.

Antonio Machado atribuye a su maestro Juan de Mairena estas palabras, sin duda alguna certeras: razonar es hacer *un análisis corrosivo de las palabras*. Pensar es hurgar en las entrañas de las palabras, arrancarles su significado; otorgarles, si acaso, otro sentido, nuevo. ¿Qué significa, en efecto, ser *sophós* en la Grecia arcaica? La

voz helena, en sus orígenes, está asociada a la habilidad manual: el *sophós* tiene aptitud para construir, digamos, una nave; puede ser un hábil carpintero; también puede ser un hombre diestro en el arte de hablar o de tañer la cítara. La *sophía* se podría equiparar con la *astucia*: Odiseo es el astuto, el *fértil en recursos*, el audaz: así lo llama Homero.

En cambio, la palabra española *sabiduría*, que parece traducir de manera directa el concepto heleno de *sophía*, se deriva del latín *sapientia*, que posee un origen distinto. El neologismo lo introdujo Ennio en el latín clásico. Viene del verbo *sapio*, *-is*, que significa degustar o saborear la comida. La misma raíz de *saber* está en el sustantivo *sabor*. Se advierte: la traducción es no sólo traición, también es creación. Perciban la diferencia, la distancia profunda que hay entre las dos voces, que parecen gemelas (pero que no lo son): en griego, *sophía* guarda relación con la mano; en latín, *sapientia* la guarda con otro órgano del cuerpo, la lengua, con ese órgano anatómico que nos hace degustar los sabores y, al propio tiempo, emitir los sonidos articulados que forman el habla. En tanto que el español se vale de una sola voz para designar dos cosas distintas, en lengua griega dos palabras diferentes nombran la *lengua*, en tanto que órgano anatómico de la fonación (al que se le da el nombre de *glossa*) y la *lengua* en tanto que *idioma* o *lenguaje* (que recibe el nombre de *lógos*: razón). *Saber*, lo mismo en latín que en las lenguas romances, se asocia, pues, al acto sensual de gustar; a nuestra capacidad de *saborear palabras*. Dos voces, *sophía* y *sabiduría*, son, a un tiempo, semejantes y diferentes.

Añado otro rasgo, pues en este libro se nos propone un sintagma que, a mi juicio, implica varios problemas: *pensamiento filosófico*. El verbo *pensarse* asocia a un acto distinto al de *saber*. *Pensar* está unido al verbo *pender*. Pensar es, en latín y en las lenguas romances, *sopesar* palabras y, a un tiempo, saborearlas. Equilibrio, gusto, sazón. En todo caso, duda. Todos los hombres piensan; todos los hombres hacen uso de su razón; todos los hombres poseen una cierta lógica, implícita en la estructura propia del lenguaje.

Filosofar implica un acto de naturaleza distinta: exige un acto de reflexión, de duda, de crítica. Existe el pensamiento mítico, desde luego, la forma específica de pensar de pueblos que poseen mentalidad mágica, que se dirigen a lo que hoy llamamos *objeto* como si fuera un *sujeto con vida propia, al que le hablan de tú a tú*. Por esa causa, el pensamiento mítico no es filosofía, si ésta se define con rigor. El pensamiento mítico se sumerge en la tradición y de ella vive; respeta las voces antiguas de los sabios. También existe una actitud espontánea, en el hombre de la calle, si se pregunta por el orden y la causa de las cosas; esta actitud espontánea se hace filosofía sólo si logra el acceso a otro nivel: pre-

cisa de una exigencia superior. El hombre de la calle y el hombre de la Edad Mítica piensan, sin duda alguna; pero no hacen filosofía; ésta tiene una exigencia metódica de otro orden.

¿Qué se entiende, pues, por *filosofía*? ¿Amor a la sabiduría? ¿Qué es *saber*, en sentido estricto? ¿Qué, ser sabio? ¿Contemplar, actuar? ¿Qué es sabiduría? Saber, ¿es estar informado, estar al día? La filosofía, ¿ha de ser contemplativa y el filósofo ha de ser el hombre que contempla? Se ha dicho que la filosofía nace del asombro, del estupor que provoca un hecho de la naturaleza o de la vida. Pero en la raíz de *estupor* también están los sustantivos *estúpido* y *estupefaciente*. ¿Adónde conduce el asombro, lo que se llama *estupo*? ¿A la filosofía? ¿A un interrogar riguroso y sin concesiones? O, por el contrario, ¿nos lleva a un pasmo del que jamás saldremos? La filosofía, ¿interpreta el mundo? ¿Acaso no es necesario, tras de interpretar el mundo, transformarlo? Pero, ¿en qué sentido?

¿Hay un límite en todo intento por transformar el mundo? ¿Es lícito usar de cualquier instrumento si el fin lo justifica? *Conócete a ti mismo*, exigía Apolo en el templo de Delfos. Sun Tsu matiza: *conócete a ti mismo y conoce a tu enemigo; así darás cien batallas sin conocer derrota*.

Por eso elevo ante ustedes un problema, tal vez impertinente. La ética nos indica límites. *Si Dios no existiera*, dice Dostoievski, *todo estaría permitido*. ¿Es así? ¿Qué sucede en una filosofía que no acepta la existencia de Dios? En esa filosofía, ¿todo está permitido? Una filosofía atea, ¿carece de fronteras? No, una filosofía, tal como la que yo sustentó, una filosofía laica, sin Dios, también establece límites. No es lícito valernos de los otros como si fueran herramientas inertes en las manos de alguna idea incierta. No hay Dios: el límite, pues, nace de la responsabilidad propia. Oscilante en el abismo, una filosofía sin Dios tiene a la conciencia como su único fundamento. Exige de nosotros el uso despiadado de la razón. El cimiento radica en nuestro interior. El paradigma ético es construido por cada uno, por sí y ante sí, de manera libre, dejando atrás cualquier barrera exterior. En este sentido profundo, la filosofía es una escuela de la libertad: nos obliga a que actuemos por convicción, no por coacción, sin estar sujetos a ningún dogma impuesto desde fuera.

Cuando Sócrates se volvió el *tábano de la ciudad*; cuando se convirtió en un hombre molesto y se hizo un varón políticamente incorrecto que no aceptaba las verdades corrientes, o sea, desde que levantó preguntas impertinentes, la filosofía descendió de los cielos, recorrió las calles de la ciudad y entró en las casas de los hombres. Así lo dice Cicerón. La filosofía, desde entonces, se hizo una herramienta de la vida cotidiana; preguntó por las razones últimas en que se apoya la ciudad; se interrogó

por la justicia y la libertad. Homero y la epopeya exaltaban, sin vacilación alguna, las virtudes de los héroes. Sócrates y los trágicos helenos, en cambio, no veían a los héroes como si fueran modelos a seguir, sino como problemas. Sócrates, que vive ya en el turbulento mundo de la democracia, vuelve incierto lo que en la Grecia arcaica era motivo de orgullo. En el horizonte social aparece la duda.

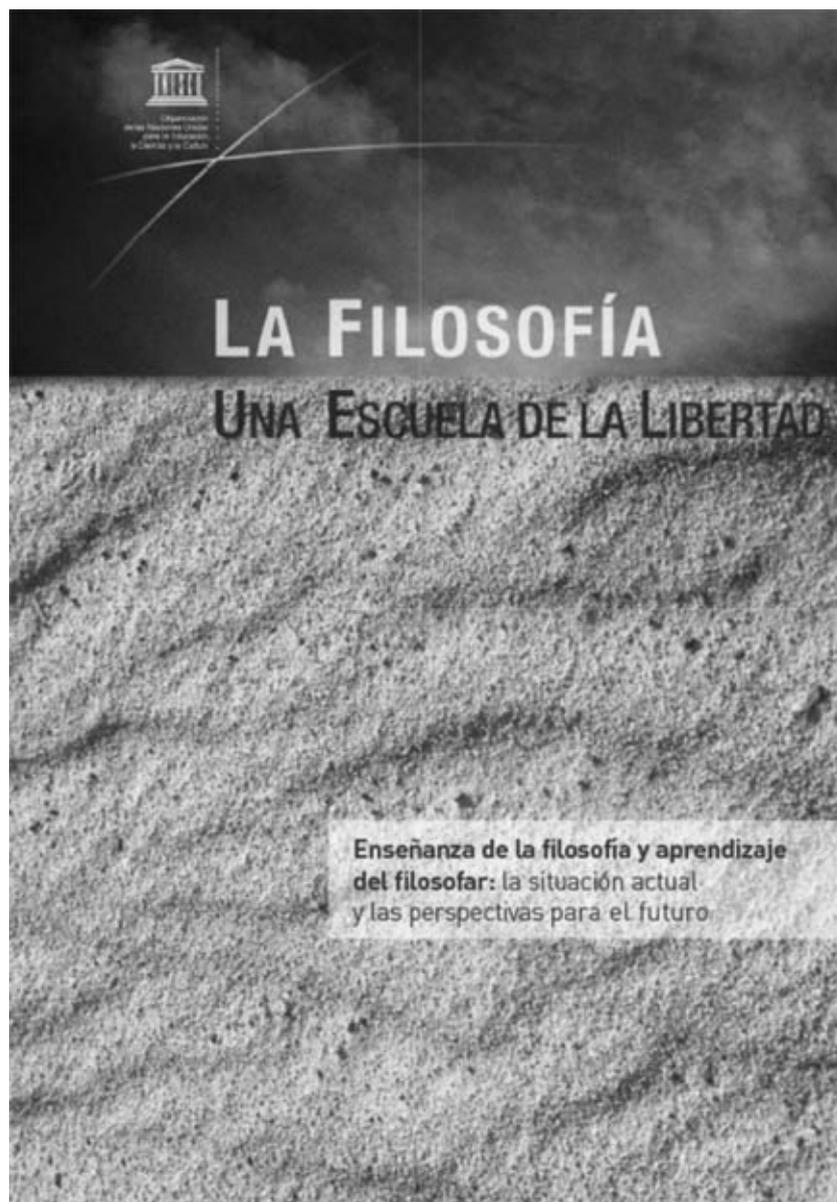
Platón ha propuesto que los males de la sociedad política tendrán remedio cuando los filósofos gobiernen o cuando los gobernantes se vuelvan filósofos. Pero, ¿es así? El filósofo introduce la duda, titubea; sólo actúa cuando resuelve el enigma. Empero, la solución de un problema engendra, por necesidad, otro, distinto. Quien se dedica a la política es un hombre de acción. Como el estratega militar, lanza sus hombres al combate. Un segundo de duda puede llevar a la derrota. ¿Qué sería de nuestras vidas si nos gobernaran los filósofos? Los mayores males del siglo XX los crearon gobernantes guiados por una cierta (mejor, por una incierta) idea del bien; por el diseño de un futuro terrible, porque sacrificaron al hombre del presente por el posible hombre del futuro. Los filósofos y los ingenieros sociales deseaban una sociedad perfecta, una sociedad de hielo en la que todos los problemas quedarán resueltos. Sólo produjeron el terror, la guerra y la destrucción de millones de vidas.

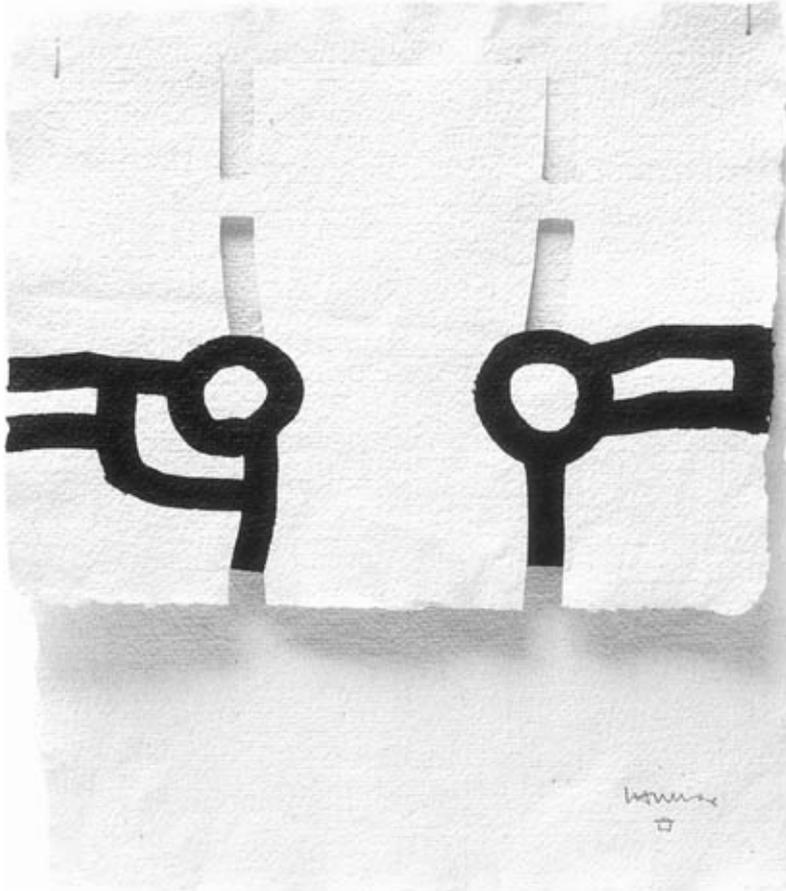
Monarcas, emperadores, presidentes, los hombres de gobierno en general, también deben estar sujetos a un límite, pues la *utopía*, por definición, no puede asentarse en la Tierra. Quevedo tradujo el título de la obra de Tomás Moro así: *No hay tal lugar*. El único sitio en el que se alberga la utopía es en el corazón de los hombres. La utopía es un fruto del deseo, un anhelo de justicia ya que, al superar un obstáculo, aparece otro, ante nuestros ojos.

El principio que rige en todas las relaciones humanas, un principio de orden universal, creo, es el principio de la reciprocidad. A todo derecho corresponde una obligación. En este sentido, gobernantes y gobernados están sujetos a límites. El límite lo indican la ética y el sentido profundo de la justicia. Hoy mismo vemos a la gente tomar la justicia en sus manos y afirmar que los bienes de la nación, quién sabe por qué causa, les pertenecen. Un líder sindical ha dicho, sin rubor: “las calles son nuestras”. Calles, plazas, edificios públicos son de todos los ciudadanos, en efecto. Eso significa que *no son de nadie en particular*. No pertenecen a un sindicato ni a un movimiento social, por más justo que éste se pretenda. La autoridad ha sido elegida para cumplir una función y su límite lo establece la ley. Si la autoridad no actúa, también rebasa el límite. Los gobernantes deben estar sujetos, en sus actos, a la ética más estricta; se obligan a respetar ellos y a hacer que los demás res-

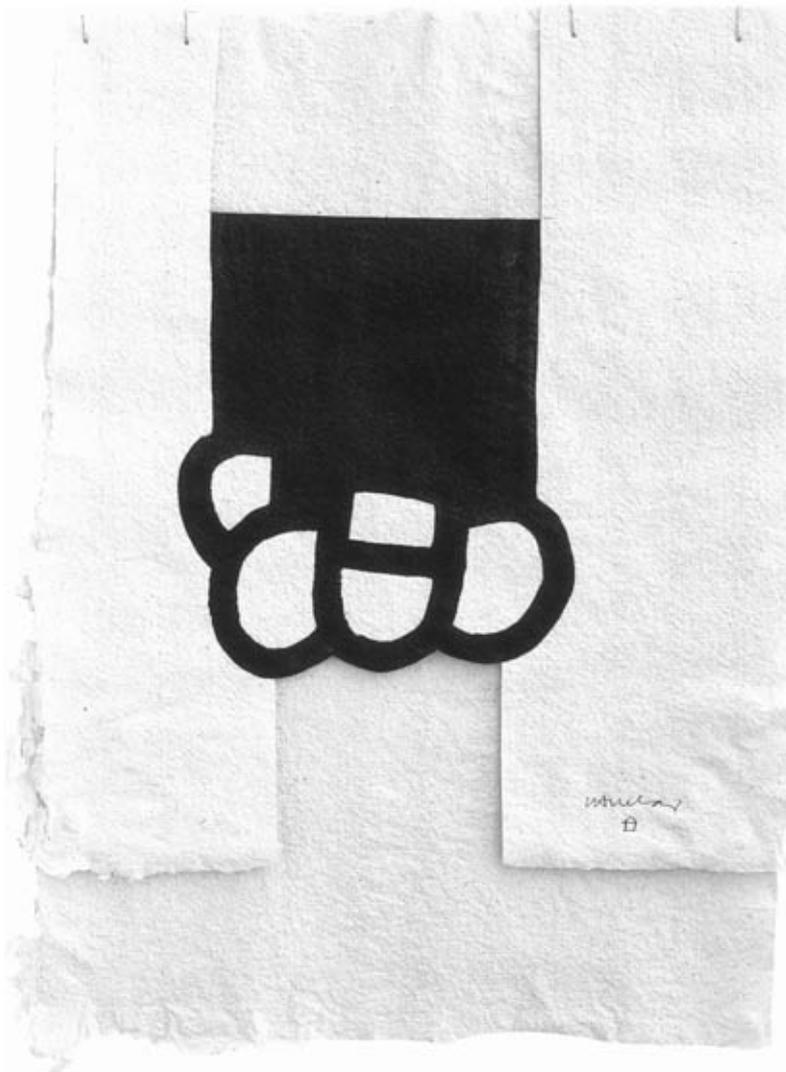
peten el límite, o sea, a proteger a nuestra nación de todos los excesos.

¿Qué es la *libertad*? ¿La posibilidad de hacer todo aquello que se nos antoje? La libertad, ¿a qué se opone como concepto? ¿A la necesidad? ¿A la esclavitud? En Grecia y en Roma, la libertad se concebía como opuesta a la esclavitud. Así, pues, los términos *eleutheria* (heleno) o *libertas* (latino) poseían una connotación menos amplia de la que tiene el actual concepto de *libertad*, fruto de la Edad Moderna; servían tan sólo para oponer el hombre libre al esclavo. Si la filosofía nos conduce hacia la libertad, es porque nos permite despojarnos de las ataduras, porque nos hace interrogarnos sin piedad, porque arranca de la mente cualquier dogma. La filosofía se asienta en la duda y eleva preguntas fundadas que obligan a dudar de nosotros mismos. Ahora bien, interrogar de modo adecuado precisa de un método y un protocolo rigurosos. La libertad se opone a la necesidad y a la sumisión; toda verdad ha de ponerse en duda. La filosofía, en tanto que libertad, nos lleva, lo dije ya, al *análisis corrosivo de las palabras*; a corroer, a carco-





Eduardo Chillida, *Gravitación*, 1987



Eduardo Chillida, *Gravitación*, 1987

mer el uso normal de las palabras; a no aceptar como verdadero, así lo exigió Descartes, nada en lo que se pueda hallar la menor duda. La libertad tiene, como complemento necesario, a la necesidad, que jamás podremos superar del todo.

Por esto, es un crimen contra la inteligencia haber suprimido las materias filosóficas en el bachillerato. El asesinato de la razón por obra de una autoridad burocrática no debe ser tolerado. La filosofía, herramienta decisiva de la razón, no puede ser desterrada del plan académico del bachillerato.

Y por este camino llegamos a la tercera parte del sintagma propuesto en este libro: el concepto de *escuela*. La filosofía, en rigor, ¿se enseña? Si filosofar es el arte de *aprender a morir y a estar muerto* (mejor aún, el arte de aprender a vivir y a estar vivo; el arte de vencer nuestras razones de muerte), ¿quién puede enseñar algo tan personal y tan lleno de rigor? La filosofía no se enseña, como tampoco se enseñan la ciencia ni la poesía. La escuela no sirve para eso; la escuela sirve para dotar al alumno de las herramientas que le permitan pensar.

Para lograr tal objeto, nada mejor que el dominio de la lengua propia. La lengua muere si se anquilosa. La filosofía avanzó a pasos de gigante cuando utilizó como su herramienta la lengua vulgar. La filosofía moderna se hizo más crítica al ser escrita, no en el latín ya muerto, sino en la lengua materna de cada filósofo; cuando se habló en francés y en alemán, en italiano y en inglés. Por esto, hemos de pensar en español, hemos de exigirnos el dominio de esta lengua universal que es nuestra lengua materna, el español.

¿Por qué digo que la filosofía no se puede enseñar? Porque los más grandes maestros de la humanidad, ágrafos que jamás escribieron una línea (pienso en Sócrates, Buda, Confucio), innovaron con sus preguntas y, antes que respuestas, levantaron interrogantes. Repetir que dos más dos son cuatro; que los tres ángulos de un triángulo rectángulo suman dos ángulos rectos; que los cuerpos se atraen en razón directa de su masa e inversa del cuadrado de su distancia; que la fórmula matemática de la energía es la que eleva la masa al cuadrado de la velocidad de la luz, ¿es hacer ciencia? No, por supuesto, es sólo repetir verdades ya por todos sabidas. La ciencia, la filosofía y la poesía no se enseñan. Ciencia, filosofía y poesía son, en sí mismas, innovación, creación, productos nuevos.

En este sentido profundo, la filosofía es una escuela de la libertad, ya que la libertad de pensamiento nos hace despojarnos de los dogmas. Filosofar es levantar un conjunto de interrogantes sin ninguna concesión, abandonar lo políticamente correcto, poner en duda todo. Así, oscilantes en el abismo, guiados por la sola luz de la razón, podremos aceptar que la filosofía sea una escuela de la libertad. **u**